

EN TORNO AL ORATOR: MODERNIDAD DE CICERÓN

1. Composición del tratado: su estructura

En el año 46 a. C., apartado Cicerón de la vida pública en un retiro forzoso bajo la dictadura de César, escribe entre otras dos obras fundamentales sobre teoría retórica: el *Brutus* y el *Orator*, que junto con el *De oratore*, publicado nueve años antes, en el 55, constituyen la trilogía fundamental en la teoría ciceroniana de la elocuencia. Si en el *De oratore* había compuesto un diálogo a la manera aristotélica donde plasmar sus planteamientos sobre la mejor educación y cultura del orador, y en el *Brutus* realiza un inteligente repaso a la oratoria romana, analizando sus principales figuras, en esta tercera obra intenta indagar cuál es el orador ideal (en el sentido platónico). Pero al mismo tiempo la redacción de esta obra obedecía a motivos más prácticos e inmediatos. La corriente estética aticista, que había recorrido Grecia, Asia e Italia en el siglo I a. C. y que se había manifestado tanto en las artes plásticas como en las literarias, amenazaba con imponerse en la oratoria romana¹. Los aticistas propugnaban una elocuencia caracterizada por la sobriedad y la selección de los modelos y sus acerbas críticas al estilo del Arpinate nos son conocidas gracias al testimonio de Quintiliano². En lugar de una diatriba contra sus detractores, Cicerón escribió un tratado en el que defendía su estilo y sobre todo definía aquello que más lo caracterizaba, el ritmo en prosa³; además, la obra debe entenderse también como un intento de convencer al destinatario, Bruto, buen amigo de Cicerón y al que éste veía como su posible sucesor en la oratoria romana, de que abandonase la escuela aticista y acogiese una prosa más elaborada y con mayor fuerza, aunque sus esfuerzos en este sentido fueron vanos⁴.

La obra ha sido acusada en numerosas ocasiones de anarquía compositiva. A ello han contribuido en gran medida las frecuentes repeticiones del texto, en el que incluso se pueden hallar varias introducciones. Una explicación ingeniosa y elaborada a

¹Cf. Desmouliéz, A., «Sur la polémique de Cicéron et des atticistes», *Revue des Études Latines*, 30 (1952) 168-185. En este artículo el autor demuestra que la escuela aticista de Roma no puede ser disociada de este monimientio neo-ático que se dio en Grecia, Asia e Italia en ese siglo. Sus pretensiones eran la imitación del arte ático en su pureza original, estableciendo los modelos que debían ser seguidos.

²Quintiliano (*Inst. orat.*, XII, 10, 12) dice a propósito de la opinión que los aticistas tenían de Cicerón: «*tumidiorem et Asianum et redundantem et in repetitionibus nimium et in salibus aliquando frigidum et in compositione fractum, exultantem ac paene, quod procul absit, uiro molliorem*».

³G.M.A. Grube (*The Greek and Roman Critics*, London 1924, p.184) ha puesto de relieve que se debe entender el *Orator* como una defensa de Cicerón ante los ataques de los aticistas y que en este sentido hay que comprender la extensa discusión sobre la prosa rítmica.

⁴Así se lo comenta Cicerón a Ático (*Ad Att.*, XIV, 20, 3): «*Cum ipsius precibus paene adductus scripsissem ad eum de optimo genere dicendi, non modo mihi sed etiam tibi scripsit sibi illud quod mihi placeret non probari*».

la aparente desorganización de este tratado fue propuesta por Remigio Sabbadini⁵. De los 236 párrafos en que se divide la obra, los 97 últimos (140-236) corresponden a la teoría del ritmo en prosa, y por lo tanto constituyen una pieza aparte dentro de la estructura general. Según Sabbadini, si dividimos los primeros 139 en seis fragmentos⁶ y se suprimen los pares nos encontramos con que se eliminan las contradicciones y repeticiones; estas tres partes encajarían perfectamente en una hipotética carta a Bruto que constituiría la primera redacción de la obra. Posteriormente Cicerón habría añadido los otros fragmentos para elaborar así un tratado sobre el mejor estilo oratorio; el ensamblaje de distintas redacciones o la inclusión de nuevos temas habría originado la aparente desorganización estructural. Esta teoría resulta atractiva y por ello ha gozado de crédito durante mucho tiempo, siendo recogida por la mayoría de editores del *Orator*⁷.

Pero recientemente Sánchez Salor⁸ ha puesto de relieve ciertas incongruencias en la argumentación de Sabbadini. En primer lugar, ha demostrado que el hilo conductor de la obra es doble: por un lado el concepto de *decorum*, por otro, la crítica a los neoáticos. Las partes eliminadas en la supuesta primera redacción evitan, es cierto, muchas repeticiones, pero también gran parte de los elementos que suponen la polémica con los neoáticos, con lo que uno de dichos hilos conductores queda truncado. Pero sobre todo lo que le parece inaceptable son ciertas agrupaciones y ciertos cortes, como el hecho de que una parte, la segunda, termine con una dedicatoria a Bruto, o que al partir los fragmentos cuarto y quinto se separe el tratamiento de la *elocutio*, quedando en uno la de los filósofos, historiadores y poetas y en otro la de los oradores. Según este autor, la obra tiene una estructura que obedece al siguiente esquema: los §§1-19 corresponden al prólogo y el resto (§§20-236) a la descripción del orador perfecto. Esta descripción se establece en cinco apartados de desigual extensión: §§20-32 en lo que se refiere al estilo oratorio; §§33-42 en lo que se refiere al género oratorio; §§43-112 en lo que se refiere a los *officia oratoris*; §§113-139 en lo que se refiere a los conocimientos del orador; §§140-236 en lo que se refiere al empleo de la prosa rítmica.

La estructuración propuesta por Sánchez Salor es congruente y convincente, pero no lo son tanto sus críticas a Sabbadini. El hecho de que en los fragmentos que se habrían compuesto en primer lugar no hubiera un enfrentamiento claro con los neoáticos sólo supondría que entre ambas redacciones se agrió la polémica por algún motivo, o bien que en una originaria carta privada a Bruto el Arpinate no juzgase adecuado incluir esa crítica, que posteriormente sí sería incorporada. Por otra parte, que un fragmento termine con una dedicatoria no es tan extraño si se tiene en cuenta que es uno de los incorporados en la hipotética segunda redacción, cuando ya el autor tiene en mente la trabazón definitiva. Lo mismo ocurre con la separación del tratamiento de la *elocutio*: no parece inverosímil que Cicerón hubiera hablado en principio sólo de la del orador y después, una vez concebido el plan final de la obra, antepusiera la de los filósofos, historiadores y poetas. En definitiva, creemos que la interpretación de Sánchez Salor es altamente clarificadora y la compartimos, pero pensamos que no invalida la tesis de Sabbadini de la doble cronología en la redacción.

⁵En «La composizione dell' *Orator* ciceroniano», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica*, 44 (1916) 1-22.

⁶Que serían: I=§§ 3-19; II=§§ 20-35; III=§§ 36-42; IV=§§ 43-68; V=§§ 69-111; VI=§§ 112-139.

⁷Así, por ejemplo, C. de Marchi-E. Stampini (Turín 1960), A. Yon (París 1964), A. Tovar-A.R. Bujaldón (Barcelona 1967)...

⁸Cicerón, *El orador*, traducción, introducción y notas de E. Sánchez Salor, Madrid 1991, pp.8-20.

2. Filosofía y Retórica

Una vez aclarada la estructura del tratado, debemos preguntarnos qué es lo que Cicerón trata en él. Como hemos apuntado al principio, si seguimos la cronología de los tres tratados ciceronianos de retórica más importantes, podemos ver una clara evolución. En el *De oratore* el Arpinate es *magister*, nos enseña cuál debe ser la educación del orador, cómo debe desenvolverse para inventar, ordenar y redactar sus discursos. En el *Brutus* es *historicus* que narra y juzga a los representantes de la oratoria romana. En el *Orator*, finalmente, se hace *existimator*, crítico en busca de un ideal artístico, el tipo eterno e inmutable que constituye la idea platónica⁹. Cicerón lo expresa varias veces a lo largo del tratado: «Recordemos...que voy a actuar para dar la impresión de que soy un crítico, no un maestro»¹⁰; «como dije más arriba, quiero ser un crítico, no un maestro»¹¹; «Pero, puesto que yo no busco un orador al que instruir, sino un orador al que aprobar...»¹².

La evolución no sólo se constata en cuanto a la postura de Cicerón (maestro, historiador o crítico), sino al mismo tiempo en la búsqueda del modelo de elocuencia o de hombre elocuente. En el *De oratore* se nos ofrece una imagen virtual de la perfección oratoria centrada en la formación intelectual del orador: ni Craso ni Antonio (los interlocutores del diálogo, pertenecientes a una generación anterior a la del Arpinate) se tienen por elocuentes, pero se apunta a una posibilidad futura que podría estar encarnada, aunque nunca se nombre debido a la fecha dramática de la acción (91 a. C.), por el propio Cicerón. En el *Brutus* (donde es el interlocutor principal) ya se le ve como modelo que encarna el ideal oratorio. Finalmente en el *Orator* avanza un paso más: el modelo que se busca no es ni Demóstenes (a quien alaba constantemente como uno de los oradores más completos) ni él mismo, sino la idea platónica del orador, inalcanzable, que nunca se dará en la realidad¹³. Como dice De Marchi¹⁴, he ahí el porqué del título de *Orator*, encarnación del ideal, al igual que Maquiavelo tituló su obra el *Príncipe*. Este ideal es inalcanzable, pero al ser comprensible por la mente sirve de estímulo para intentar acercarse a él. En palabras de Cicerón: « “Nunca”, dirás, “existió uno así”. Pues que no haya existido. Pero yo hablo de lo que es mi ideal, no de lo que he visto, y me remito a aquella forma e imagen platónica de que hablé, imagen que, si bien no vemos, podemos sin embargo tener en la mente»¹⁵. Esta postura de Cicerón, más definitoria de un ideal que educadora, ha sido contrapuesta a la de Quintiliano por Alberte¹⁶.

⁹Cf. de Marchi en la introducción a su edición del *Orator* (Turín 1960), p. XII.

¹⁰*Orat.*, XXXI, 112: «*meminerimus:...ita potius acturos, ut existimatores videamur loqui, non magistri*». Para las citas del texto latino sigo la edición de Bernhard Kytzler (München-Zürich 1988). Las traducciones están extraídas de la de E. Sánchez (*op. cit.*).

¹¹*Orat.*, XXXIII, 117: «*...ut supra dixi, iudicem esse me, non doctorem volo*».

¹²*Orat.*, XXXV, 123: «*Quoniam autem non quem doceam quaero, sed quem probem,...*»

¹³Cf. Desmouliéz, A., *Cicéron et son goût. Essai sur une définition d'une esthétique romaine à la fin de la République*, Bruxelles 1976, pp.476-479.

¹⁴Cicerone, *Orator*, commento di C. de Marchi e E. Stampini, Torino 1960, pp.XII-XIII.

¹⁵*Orat.*, XXIX, 101: « “*Nemo is*”, *inquies, “umquam fuit*”.

Ne fuerit. ego enim quid desiderem, non quid viderim disputo redeoque ad illam Platonis, de qua dixeram, rei formam et speciem, quam, etsi non cernimus, tamen animo tenere possumus».

¹⁶Alberte González, A., «Cicerón y Quintiliano ante la Retórica. Distintas actitudes adoptadas», *Helmantica*, 34 (1983) 249-266.

Sobre las relaciones entre filosofía y retórica en la concepción ciceroniana de la elocuencia se ha escrito mucho, pero sin duda el autor a quien más se debe en este terreno es Alain Michel¹⁷. El tema es demasiado complejo para abordarlo aquí en profundidad, pero nos gustaría mencionarlo someramente porque en las conclusiones finales volveremos a hacer referencia a ello. Baste decir que con Cicerón se unen estas dos disciplinas que se habían separado e incluso nos atreveríamos a decir enemistado desde Sócrates y los sofistas: una buscaba la verdad, la esencia, y otra la opinión, la apariencia. Cicerón, en cambio, que reclama la necesidad de una profunda formación filosófica en el orador y critica la desnudez ornamental del filósofo ajeno a la elocuencia, proclama con orgullo no haber sido formado en las escuelas de los rétores sino en la Academia: «Y confieso que soy un orador -si es que lo soy, o en la medida en que lo sea- salido, no de los talleres de los rétores, sino de los paseos de la Academia»¹⁸, pues no en vano había sido discípulo del filósofo Filón de Larisa, aunque algunos autores consideran que en esta afirmación exagera, por cuestiones de oportunidad y conveniencia, su deuda con la Academia¹⁹.

3. El estilo oratorio

Dentro de este breve repaso que estamos realizando a algunos puntos relevantes del *Orator* no podemos pasar por alto uno de los aspectos más importantes que en él trata Cicerón: nos estamos refiriendo a la teoría de los tres estilos²⁰. Aquí se encuentra seguramente la innovación más importante del Arpinate en el terreno de la teoría retórica. Desde luego, la triple vertiente de los estilos o *genera dicendi* no es en absoluto novedosa, pues viene de la tradición retórica helena y se remonta a Teofrasto; una alteración que tampoco tiene excesiva relevancia es la descomposición del estilo sublime en “rudo” y “pulido” y del estilo humilde en “descuidado” y “armonioso”²¹. Pero lo que sí supone una trascendental novedad es, como ha puesto de relieve Douglas²², la relación que se establece entre cada uno de los tres estilos y cada una de las funciones del orador: el humilde, sutil o tenue para el *docere*, el medio para el *delectare* o *conciliare*, el grave, sublime o vehemente para el *mouere*. En la *Rhetorica ad Herennium* puede descubrirse ya una relación entre los tres estilos y las partes del discurso, pero no con los *officia oratoris*; pero no se trata de una relación

¹⁷Obra clave es Michel, A., *Les rapports de la Rhétorique et de la Philosophie dans l'oeuvre de Cicéron. Recherches sur les fondements philosophiques de l'art de persuader*, Paris 1960.

¹⁸*Orat.*, III, 12: «*et fateor me oratorem, si modo sim aut etiam quicumque sim, non ex rhetorum officinis, sed ex Academiae spatiis extitisse*».

¹⁹Cf. Leeman, A.D., *Orationis ratio*, Amsterdam 1963, p.96.

²⁰Como ha advertido muy bien J.W.H. Atkins (*Literary Criticism in Antiquity. A sketch of its development*, vol. II, London 1952, pp.29-30), la contribución ciceroniana será clave importante en la formación de la doctrina de los estilos literarios o “colores” en la Edad Media y Renacimiento. Es cierto que el planteamiento del Arpinate incluía sólo la oratoria, pero fue extendido a la literatura en general gracias en parte a la clasificación aristotélica de las formas poéticas.

²¹*Orat.*, V-VI, 20: «*nam et grandiloqui, ut ita dicam, fuerunt cum ampla et sententiarum gravitate et maiestate verborum, vehementes varii copiosi graves, ad permovendos et convertendos animos instructi et parati -quod ipsum alii aspera tristi horrida oratione neque perfecta atque conclusa consequantur, alii levi et structa et terminata-; et contra tenues acuti, omnia docentes et dilucidiora, non ampliora facientes, subtili quadam et pressa oratione limati; in eodemque genere alii callidi, sed impoliti et consulto rudium similes et imperitorum, alii in eadem ieiunitate concinniores, id est faceti, florentes etiam et leviter ornati*».

²²Douglas, A.E., «A Ciceronian Contribution to Rhetorical Theory», *Eranos*, 55 (1957) 18-26.

explícitamente tratada como tal, sino implícita, al ilustrar el estilo sublime con una peroración, el medio con una argumentación y el humilde con un fragmento narrativo²³. Es en el *Orator* donde encontramos por vez primera esta vinculación entre las funciones aristotélicas del orador y los *genera* de Teofrasto, en el siguiente pasaje: «Será, pues, elocuente...aquel que en las causas forenses y civiles habla de forma que pruebe, agrade y convenza: probar, en aras de la necesidad; agradar, en aras de la belleza; y convencer, en aras de la victoria; esto último es, en efecto, lo que más importancia de todo tiene para conseguir la victoria. Pero a cada una de estas funciones del orador corresponde un tipo de estilo: preciso a la hora de probar; mediano a la hora de deleitar; vehemente, a la hora de convencer»²⁴. Es decir, que los métodos para alcanzar el fin del orador, que es siempre la persuasión, son las pruebas materiales, que se presentan en un estilo sencillo y llano, la impresión causada por el carácter del hablante cuando emplea un estilo armonioso y bello, y la capacidad de mover las pasiones del auditorio con la vehemencia de su estilo más apasionado²⁵.

¿Cuál es entonces el mejor estilo para el orador perfecto que se intenta definir? Los tres lo son, pues el mejor orador es el que los sabe conjugar y emplear según convenga a la causa en cada momento. Cicerón considera uno de sus mayores logros el ser capaz de hablar bien en los tres *genera dicendi*, pudiendo cambiar de uno a otro según las exigencias de cada caso, cosa que ningún otro había conseguido en Roma: «Así pues, encontramos que los oídos de nuestros ciudadanos están ayunos de esa oratoria multiforme e igualmente repartida entre todos los estilos, y he sido yo el que por primera vez, en la medida de mis posibilidades, y por poco que valgan mis discursos, me los he atraído a la increíble afición de escuchar ese tipo de elocuencia»²⁶. De hecho, algunos autores como Kumaniecki²⁷ han cifrado el éxito sin parangón del Arpinate frente a la decadencia de Hortensio porque este último se obstinaba en mantener un estilo vehemente, asianista, que le había reportado gran éxito en su juventud pero que no convenía a un hombre maduro, mientras que Cicerón, que en sus primeros discursos no era muy diferente de Hortensio, había alcanzado un alto grado de *uarietas* en su oratoria, que le permitía cambiar de uno a otro estilo según las exigencias del *decorum*. Él mismo lo afirma en su tratado: «Y es que ningún orador, ni siquiera los desocupados griegos, escribieron tantos discursos como yo, discursos que tienen precisamente esa variedad que yo apruebo»²⁸. El exhaustivo análisis estilístico que de sus discursos realizó Laurand²⁹ demuestra que la praxis de la oratoria ciceroniana sigue de cerca sus propias teorías retóricas y que no se jacta en vano de la variedad de estilos de que hizo gala.

²³Cf. *Ibid.*, p.23.

²⁴*Orat.*, XXI, 69: «Erit igitur eloquens...is, qui in foro causisque civilibus ita dicet, ut probet, ut delectet, ut flectat. probare necessitatis est, delectare suavitatis, flectere victoriae; nam id unum ex omnibus ad obtinendas causas potest plurimum. sed quot officia oratoris, tot sunt genera dicendi: subtile in probando, modicum in delectando, vehemens in flectendo».

²⁵Cf. Grube, *op. cit.*, pp.180-181.

²⁶*Orat.*, XXX, 106: «Ieiunas igitur huius multiplicis et aequabiliter in omnia genera fusae orationis aures civitatis accepimus, easque nos primi, quicumque eramus et quantulumcumque dicebamus, ad huius generis dicendi audiendi incredibilia studia convertimus».

²⁷Kumaniecki, K., «Tradition et apport personnel dans l'oeuvre de Cicéron», *Revue des Études Latines*, 37 (1959) 171-183.

²⁸*Orat.*, XXX, 108: «nemo enim orator tam multa en in Graeco quidem otio scripsit, quam multa sunt nostra, eaque hanc ipsam habent, quam proba, varietatem».

²⁹Laurand, L., *Études sur le style des discours de Cicéron, avec une esquisse de l'histoire du «cursus»* (3 vols.), Paris 1928-1931.

El eclecticismo entre los tres estilos es sólo aparente. Aunque las circunstancias de su polémica con los aticistas le hacen tratarlos por igual, no logra disimular su preferencia por el estilo vehemente o sublime. Como señala Alain Michel, parece desprenderse de las declaraciones de Cicerón que este estilo reúne todas las cualidades: instruye como el simple, deleita como el medio y además conmueve³⁰. Si los ataques contra los vicios del estilo elevado son más virulentos, esto sólo se debe a la necesidad de defenderse de las acusaciones de asianismo. Así, nos dice que el que sólo se dedica al estilo llano y nunca se eleva por encima de éste, si consigue al menos la perfección en ese ámbito será un buen orador, aunque no sea el mejor; y lo mismo ocurre con el que se entrega a la práctica del estilo medio, que puede alcanzar el éxito sin arriesgarse demasiado, ya que de poca altura puede caer. En cambio, el que sólo emplea el tono vehemente es totalmente despreciable, pues al tratar determinados temas poco importantes que no exigen este estilo parecerá un loco o un borracho tambalándose en medio de sobrios³¹. Pero en otra parte del discurso, sin disimular su simpatía hacia este *genus dicendi* apasionado, dice al hablar de la fuerza patética (del *pathos*, del sentimiento arrebatado): «...es vehemente, encendida, impetuosa, arrebatada las causas y, cuando es llevada impetuosamente, no puede de ninguna forma ser resistida. Gracias a esto último, yo, que soy un orador mediano o incluso menos, pero que recurro siempre a esa gran impetuosidad, he conseguido con frecuencia que mis adversarios se tambaleen»³².

La forma de combinar los estilos, es decir, de decidir cuándo emplear uno u otro, viene determinada por el *decorum*, que, como ya hemos dicho antes, constituye el hilo conductor de la obra junto con la polémica contra los neoáticos. «Es elocuente», dice Cicerón, «el que es capaz de decir las cosas sencillas con sencillez, las cosas elevadas con fuerza, y las cosas intermedias con tono medio»³³.

4. Modernidad de Cicerón

Una vez vista la estructura de la obra y tras una breve reflexión sobre la filosofía y la teoría del estilo en el tratado ciceroniano, nos resta tan sólo, para cerrar nuestra intervención, aportar unos pequeños apuntes sobre un tema que debería ser más a menudo objeto de nuestra atención: la modernidad de los clásicos. Muchas veces latinistas y helenistas olvidamos que los clásicos lo son precisamente por no pasar de moda, o lo que es lo mismo, por ser siempre modernos. El pensamiento ciceroniano reflejado en el *Orator* es un buen ejemplo de ello. Apenas echamos un vistazo sorprende la palpable actualidad de algunos de sus temas. Sin pretensiones de exhaustividad hemos entresacado algunos que merecen ser comentados:

³⁰Michel, A., «L'eloquenza romana», en *Introduzione allo Studio della Cultura Classica*, Marzorati editore, Vol. I: Letteratura, Milano 1972, pp.551-575 (p.560).

³¹Cf. *Orat.*, XXVIII, 98-99.

³²*Orat.*, XXXVII, 128-129: «*hoc vehemens incensum incitatum, quo causae eripiuntur; quod cum rapide fertur, sustineri nullo pacto potest. quo genere nos mediocres aut multo etiam minus, sed magno semper usi impetu saepe adversarios de statu omni deiecimus*».

³³*Orat.*, XIX, 100: «*is est enim eloquens, qui et humilia subtiliter et magna graviter et mediocria temperate potest dicere*».

Destacaremos en primer lugar su pragmatismo, si bien esta es una característica que en general define a la cultura romana por oposición a la griega. En el apartado 2, al hablar de las relaciones entre filosofía y retórica en su teoría oratoria, hemos señalado el hecho de que Cicerón mismo nos cuenta que su educación se basó más en los paseos de la Academia que en las escuelas de rétores³⁴. Aunque esto es comúnmente aceptado como cierto por la mayoría de estudiosos, nada lleva a pensar, como bien apunta Grube³⁵, que su concepción de la filosofía, o mejor dicho, del lugar de la filosofía dentro de los estudios de formación del orador, provenga de ninguna escuela filosófica. En efecto, es difícil imaginar alguna de ellas que entre sus enseñanzas incluyera el subordinar la filosofía a la retórica, o bien que potenciara la educación práctica a expensas de la contemplativa. Lo que Cicerón propugna como modelo de enseñanza es la que él mismo recibió, la encaminada a una formación “útil” con vistas a la práctica forense y a la política, en definitiva, una más “romana” que “griega”. Pero donde el pragmatismo ciceroniano entronca más tristemente con la realidad de nuestros tiempos modernos es quizás en la necesidad de justificar los estudios de filosofía e historia: «y sin una formación filosófica», argumenta el Arpinate, «no podemos distinguir el género y la especie de ninguna cosa, ni definirla, ni clasificarla, ni juzgar lo que es verdadero y lo que es falso, ni analizar las consecuencias lógicas, ver lo contradictorio y distinguir lo ambiguo»³⁶; «desconocer qué es lo que ha ocurrido antes de nuestro nacimiento es ser siempre un niño. ¿Qué es, en efecto, la vida de un hombre, si no se une a la vida de sus antepasados mediante el recuerdo de los hechos antiguos?»³⁷. Ante esta defensa de la utilidad práctica de dos disciplinas como la filosofía y la historia uno no puede menos de sorprenderse ante la inmediatez y la modernidad de las palabras de Cicerón. ¡Cuán reciente tenemos en España la memoria del intento de eliminar de los planes de estudio de bachillerato la asignatura de filosofía, y la controversia creada sobre su utilidad y la necesidad de su mantenimiento!

La filosofía ciceroniana es menos elaborada que la socrática, pero aún así ha conseguido seguramente una mayor repercusión en el mundo moderno, debido sin lugar a dudas a que vivimos en una cultura pragmática con la que conecta fácilmente. Los estudiosos Perelman y Olbrechts³⁸ distinguen entre filosofías “primarias” y filosofías “regresivas”. Las primarias parten de principios fundamentales que constituyen la base de toda una construcción lógica que se elabora mediante demostraciones de carácter lógico-matemático. Las regresivas operan a través de la razón argumentativa sin partir de términos precisos fijados de una vez por todas. Tomando como base estas definiciones, Barilli³⁹ ha analizado el pensamiento ciceroniano, llegando a la conclusión de que lo que se había llamado eclecticismo del Arpinate puede ser mejor precisado como filosofía regresiva, estando caracterizado todo su sistema por la preocupación de remitirse a la *communis opinio*, que constituye el punto de partida y el de llegada de la filosofía ciceroniana. De esta forma, entronca con el pragmatismo norteamericano y la fenomenología husserliana, filosofías también regresivas que asumen como punto de

³⁴Cf. nota 17.

³⁵*Op. cit.*, p.174.

³⁶*Orat.*, IV, 16: «*nec vero sine philosophorum disciplina genus et speciem cuiusque rei cernere neque eam definiendo explicare nec tribuere in partes possumus nec iudicare, quae vera, quae falsa sint, neque cernere consequentia, repugnantia videre, ambigua distinguere*».

³⁷*Orat.*, XXXIV, 120: «*nescire autem quid ante quam natus sis acciderit, id est semper esse puerum. quid enim est aetas hominis, nisi ea memoria rerum veterum cum superiorum aetate contextitur?*».

³⁸Perelman, C.-Olbrechts Tyteca, L., *Rhetorique et philosophie*, Paris 1952, cap. IV.

³⁹Barilli, R., «La retorica di Cicerone», en *Poetica e Retorica*, Torino 1969, pp.21-53.

partida, respectivamente, el sentido común y la *Lebenswelt*, basándose ambas en la praxis cotidiana⁴⁰.

Esta referencia constante a la *communis opinio* y la moldeabilidad del estilo ante la referencia del efecto buscado en el auditorio, de la que hablamos anteriormente en el apartado 3, permiten afirmar que también el sistema teórico retórico de Cicerón puede ser definido como pragmático, en el sentido que tiene esta palabra en la semiótica de G. Klaus como el efecto de signos lingüísticos que alcanzan a los destinatarios⁴¹. No debemos olvidar que entre las categorías que la retórica toma en consideración se hallan muchas que ofrecen un evidente interés para la lingüística moderna. Al ocuparse de la persuasión, es decir, de un mensaje enunciado por un hablante con una intencionalidad determinada de actuar sobre el oyente, entramos en el campo de la lingüística aplicada. Como el efecto buscado repercute en la esfera emocional del auditorio, la psicolingüística también se ve implicada. Además, el criterio del *decorum* o adecuación del mensaje al acto de comunicación en sí, variando según los oyentes y la situación circunstancial (que abarca tiempo, lugar, anteriores mensajes...) entra de lleno en la pragmática lingüística y en la sociolingüística⁴².

También tiene un sabor notable a modernidad, o quizá sería mejor decir a problema eterno de todos los tiempos, una cuestión concreta de la diatriba ciceroniana con los aticistas. Nos referimos a la cuestión del destinatario del discurso. Los neoáticos, continuadores de la filosofía estoica, buscaban los aplausos del público entendido, capaces de comprender sus estructurados razonamientos. Cicerón, en cambio, no desdeña, sino que busca una elocuencia que agrade al público llano, incluso al inculto; por este motivo critica también a los *neoterói*, cuyo arte es demasiado sutil para poder ser popular. Desmouliez⁴³ ha planteado los problemas que puede acarrear esta postura, pues al subordinar el estilo al gusto del público se corre el riesgo de hipotecar virtudes estéticas. El problema es tan antiguo como el arte; hoy en día se plantea en los términos de someterse a los dictámenes de la crítica o del público. Pero, tal como apunta Desmouliez, el Arpinate no cree que sea necesario elegir entre complacer al gran público o a los entendidos, pues no tiene por qué haber desacuerdo entre los gustos estéticos de ambos. La naturaleza ha dotado a los hombres de un instinto para apreciar la belleza, por lo que todos pueden sentirla y deleitarse con ella; los entendidos, además, pueden analizar los recursos técnicos del artífice. Una vez más se puede decir que la cuestión que subyace en el fondo es el criterio del *decorum*: Cicerón considera necesario adecuar el estilo al alma del oyente; al sentir predilección por el *genus grauis* y estar éste relacionado, según su propia teoría, con el *mouere*, es decir, con el territorio de los sentimientos, del *pathos*, era conclusión inevitable su concepto de *oratio*, que por antonomasia era la *oratio popularis*, es decir, la desarrollada ante la multitud, principalmente en el foro. Los aticistas, en cambio, que fundaban sus principios en la filosofía estoica (que por principio rechaza los afectos como turbadores de la razón) no encontraban otro público apto que no fuera la élite culta capaz de comprender verdades en una formulación lógica desnuda de pasión⁴⁴. Punto fundamental de discrepancia era que los aticistas sostenían que en el pueblo

⁴⁰Cf., Valenti Pagnini, V., «La retorica di Cicerone, nella moderna problematica culturale», *Bolletino di Studi Latini*, 7 (1977) 327-342.

⁴¹Cf. Spillner, B., *Lingüística y Literatura*, trad. esp. de Elena Bombín, Madrid 1979, p.172.

⁴²Cf. *ibíd.*, pp.168-169.

⁴³*Cicéron et son goût*, cit., pp.254-256.

⁴⁴Cf. Alberte González, A., *Historia de la retórica latina*, Amsterdam 1992, pp.14-16.

inculto sólo actuaba la persuasión por medio del *mouere*, pues eran incapaces de comprender las argumentaciones propias del *probare* o *docere*, abandonando la razón y quedando a merced del vaivén de las emociones. Frente a esto, el Arpinate sostenía que a través del *mouere* las clases populares también percibían la trabazón lógica del *probare*. La cuestión ha adquirido un nuevo significado en la actualidad, en España al menos, con la polémica ley del jurado. Viéndose obligada gente no especialista en leyes a determinar sobre cuestiones de complicados matices, si tan sólo el ámbito de los sentimientos y la vehemencia de un abogado pueden modelar una decisión tan trascendental, si los aticistas tenían razón en su diatriba contra Cicerón, habría que plantearse de nuevo la ética de la ley.

El alejamiento de las élites se percibe no sólo en sus discursos, sino también en sus obras de teoría retórica. Como ha señalado acertadamente Atkins⁴⁵, la elaboración del material, tanto en el *De oratore* como en el *Brutus*, se aparta del tratado para especialistas, cuyo modelo sería Aristóteles, y se aproxima más al diálogo platónico para el público en general. En el caso del primero, supo elegir los interlocutores entre los oradores más prestigiosos de la generación anterior para dar un aire de credibilidad y autoridad romana a su obra; además, el diálogo permite una exposición que sin dejar de ser ordenada se muestra mucho más viva. En el *Orator* adopta la forma de la carta o ensayo, pero el tratamiento sigue siendo igualmente lúcido.

Finalizaremos nuestra intervención reflexionando sobre la rehabilitación que ha experimentado la retórica en los últimos años. El auge de las ciencias argumentativas ha sido provocado, como apunta Valenti⁴⁶, por el debate filosófico que ha puesto de manifiesto la insuficiencia de la lógica formal y del razonamiento *more geometrico*. La pérdida de seguridad en los presupuestos de las ciencias basadas en la deducción matemática o la inducción experimental (provocada al mismo tiempo por la revisión constante de los presupuestos que antes se creían axiomáticos, inmutables) ha revalorizado esas otras esferas del conocimiento tradicionalmente relegadas al campo de lo irracional. Entre las ciencias de la argumentación nació en los años cincuenta la «Nueva Retórica». No deja de constituir una cierta ironía⁴⁷ el hecho de que la rehabilitación de la retórica no fuera promovida por filólogos clásicos ni por autores de manuales de estilística, que siempre la han manejado y la han tenido en cuenta, sino por sus tradicionales enemigos, los filósofos, con lo que se ha producido, dos mil años más tarde, esa unión de filosofía y retórica que propugnaba Cicerón. Schopenhauer, uno de los precursores de la revitalización de las ciencias argumentativas, preconizó al mismo tiempo la restauración de la retórica en su acepción estrictamente literaria y criticó ese estilo descuidado que había caracterizado durante siglos a la filosofía. *Nihil novi sub sole*, porque ya Cicerón había clamado contra la *mollis oratio philosophorum*⁴⁸.

Carlos de Miguel Mora
Universidad de Granada

⁴⁵*Op. cit.*, p.25.

⁴⁶*Art. cit.*, pp.327-328.

⁴⁷Así lo hace notar V. Florescu (*La rhétorique et la néorhétorique*, Paris 1982, p.4).

⁴⁸*Cf. ibíd.*, pp.154-155.